

Otra forma de pasar el verano

Entrevista a Ana Alquézar Villarroya y Pablo Lorenz Pascual

Pilar Sarto Fraj

Fotos: archivos de Ana Alquézar y Pablo Lorenz

Desde el BCI nos gusta dar a conocer actividades y proyectos llevados a cabo por gente de nuestra comarca. La entrevista en esta ocasión recoge las experiencias de dos jóvenes andorranos que han participado en tareas de cooperación internacional durante el periodo estival. De ahí el título de la misma.

¿Dónde habéis estado cada uno?

Pablo.— Yo estuve tres semanas y media en la capital de la República Dominicana, Santo Domingo, y en la selva, en Las Claras, La Cuchilla y Hierbabuena.

Ana.— Yo un mes en Nicaragua, en León, en la comunidad de El Porvenir y los fines de semana en Estelí, Somoto, Granada, Masaya, las islas Ometepe y San Juan del Sur.

¿Cómo fue ir allí?

P.— En mi caso fue a raíz de un comentario de Domingo Legua: "Desde muy pequeño te he dicho que tenías que ir a conocer tu país, este es el año". Y así fue, compramos los billetes y ¡ya! Mi primo Roberto se apuntó conmigo y Mario Alfonso también. Fuimos a la comunidad que conocía Domingo, La Cuchilla, diseminada por la selva, sin estructura de pueblo.

A.— Yo estaba haciendo el diploma de especialización en Educación para el Desarrollo y tenía que hacer las prácticas con una ONG. Hice el curso de volunta-

riado y en la primera sesión decidí que me iba a Nicaragua con el hermanamiento León-Zaragoza. Vivía con una familia elegida por la propia ONG.

¿Qué hacíais allí? ¿Cómo está organizado el voluntariado?

P.— La primera semana estuve en la capital, en un banco de alimentos, encargado de recibir y enviar paquetes. Era una nave con techo de aluzinc sin refrigeración. En las comunidades, en la selva, hambre no pasan porque tienen árboles, animales, son autosuficientes, pero en la capital sí que pasan hambre, de ahí los bancos de alimentos.

Luego ya nos fuimos a la selva a construir casas. ¡Ahora puedo hacer una casa con cemento y madera! Había un maestro y un grupo de trabajo, gente de allí. Nos decían: "Tenéis que hacerle una casa a esta familia", íbamos a su casa, se la tirábamos y se la hacíamos nueva. En cinco días hicimos siete casas. Nelson, el líder de la comunidad, amigo de Domingo, dinamizaba las reuniones de la comunidad, utilizaban el criterio de necesidad y la decisión final la toma la propia comunidad para evitar



1. Grupo de madres y alumnos de la escuela de El Porvenir, León, Nicaragua de excursión en el volcán Cerro Negro. 2. Alumnos de cuarto, quinto y sexto grado de primaria en su aula. Escuela de El Porvenir, León, Nicaragua. 3. Ana Alquézar con dos madres y dos alumnos en el cráter del volcán Cerro Negro, excursión con la escuela de El Porvenir, León, Nicaragua.



1, 2 y 3. Distintas fases de la construcción de una casa por Pablo Lorenz y sus compañeros en la comunidad de Las Claras, República Dominicana. 4. Jóvenes y niños de la comunidad de Las Claras, República Dominicana.

situaciones de corrupción, abuso o soborno; se decidía entre todos por votación cuál iba a ser la familia beneficiada, así se evitan además tensiones, celos o envidias.

Domingo nos organizaba la ida, pero para volver nos teníamos que buscar la vida.

A.— Yo iba como apoyo escolar. Hay escuelas en todas las comunidades. Los maestros y maestras son del Estado y las infraestructuras y materiales escolares provienen en muchos casos del hermanamiento León-Zaragoza. Hay siete colegios de Zaragoza hermanados con siete de León. Uno de ellos es el CRA María Moliner, que incluye los pueblos de El Burgo y Mediana, hermanado con el colegio de El Porvenir donde estuve yo. Habían hecho un trabajo de hermanamiento en torno al agua . . . , yo llevé cosas de unos a otros: dibujos, libros viajeros.

Allí hacía talleres de canciones, bailes, ritmos; de reciclado, pulseras, artesanía y manualidades y de consumo responsable para poder favorecer una alimentación más sana. Y además hacía dinámicas, juegos, porque allí los niños juegan a lo mismo: fútbol y pelota a la patada, no sabían más juegos.

Respecto al voluntariado, los gringos van allí con cajas de material escolar y se van, como beneficencia, y si tú eres blanca te identifican con gringa rica y te piden dinero. Para chincharte, se pasa del apelativo: chela, chelo, chelitos al de gringa.

En León hay mucho voluntariado: alemanes, franceses, holandeses, estadounidenses, argelinos . . . , se vive mucho de la cooperación internacional; en general en toda Nicaragua, pero más en León porque es la segunda ciudad más grande y además es universitaria. En mi casa era la tercera voluntaria que habían tenido en cuatro años.

P.— Nosotros no coincidimos con nadie de aquí, siempre estábamos con gente de allí, aunque están acostumbrados a recibir gente por becas de las universidades. Allí Domingo es una eminencia, lo conocen todos: ministros, presidentes . . . , porque es el vicario de Sudamérica para la Iglesia católica.

Respecto a los cooperantes y extranjeros en general sí que te consideran rico y te toman el pelo si pueden . . . Yo disimulaba y ponía acento de allí y era el encargado

de comprar, me hacían mejor precio . . . , ellos cuando quieren hablar español, lo hacen ceceando.

¿Qué situaciones os han impactado más?

P.— La gente con la que estaba hablaba continuamente de muertes y peleas; la violencia es lo habitual. El valor de la vida allí no es nada. No tienen sentido común al valorar la vida de los demás. Un niño de 13 años nos contaba que había matado a dos vecinos, por ejemplo.

A.— Las comunidades viven en una estructura violenta, te cuentan situaciones de extrema violencia como quien cuenta que se ha ido a por pan . . . Las noticias reflejan caras destrozadas por un machetazo . . . , es lo normal para ellos.

Por otra parte, la violencia de género es lo habitual. En la familia con la que vivía había una diferencia porque el padre era líder de la comunidad y realmente había relaciones más igualitarias, los tres hermanos lavaban la ropa, hacían la comida . . . , algo que no es lo normal allí porque son muy machistas, pero sin embargo utilizaban amenazas a su sobrina para manejar el comportamiento.

P.— En Santo Domingo solo estábamos con hombres, pero las conversaciones sobre las fiestas siempre estaban sembradas de violencia. Te pueden matar por un móvil, por 500 pesos, por nada.

Yo estaba asustado porque iba con dos blanquitos que se metían por cualquier sitio, aunque he de reconocer que la capital es más peligrosa y más violenta.

Otra cosa sorprendente es la falta de organización para todo. ¡Mira que yo soy poco organizado y me estresaba allí! Se vive a la hora, ya no al hoy.

A.— Hay que ir con otra mentalidad, de tranquilidad y planificación inmediata, hacerse a la idea de la impuntualidad, “la hora nicaragüense” . . .

Algo sorprendente es la utilización de utensilios de usar y tirar, de plástico y cómo manejan los residuos. Le pegan fuego a todo, hay cúmulos de basura en mitad de la selva a los que de vez en cuando les pegan fuego. En el patio de las casas queman



Niños de primer grado de primaria haciendo ejercicios de matemáticas en grupo. Escuela de El Porvenir, León, Nicaragua.

la basura, los plásticos... En las comunidades no hay sistema de alcantarillado, donde yo estaba había baños que no funcionaban porque no siempre hay agua ni presión, así que hicieron dos letrinas, que eran las que usábamos. Se funciona con letrinas y pozos negros.

P.— En Santo Domingo no hay sistema de alcantarillado. Yo cogí el chikungunya¹, que se produce en lugares de agua sucia y cursa con fiebre, mareos, dolores... Estaba malísimo y fui al hospital, me hicieron pruebas pero me dijeron en la comunidad que estaría un día mal y ya está, y así fue. La gente mayor y los enfermos pueden morir por esa enfermedad, son cuarenta y pico de fiebre en un ambiente de treinta y ocho grados.

Se trabaja igual con lluvia o sin ella, el calor hace que se seque todo en un momento. En la selva y las zonas de montaña se sobrelleva pero en la capital es insostenible, entre el asfalto, el calor y la humedad...

Comíamos de todo (ninguno tuvo problemas): arroz con frijoles y pollo, yuca. Lo mejor las frutas, recién cogidas de la planta, la piña, los cocos (con agua y una especie de gelatina), los mangos...

¿Cómo percibisteis el panorama político y cómo se vislumbra allí el futuro?

¡Hay un injusto reparto de la riqueza! -coinciden los dos-. Son países de contrastes extremos y hay muchísima corrupción.

A.— En Nicaragua la gente con la que trataba se consideraba sandinista -en mi casa, por ejemplo, las personas de alrededor de cincuenta años-, no danielista. Ha pasado muy poco tiempo desde la Revolución sandinista, pero es como si hubiera sido hace muchísimo. Estando allí se celebró el 19 de julio, Día de la Revolución y el Gobierno había alquilado todos los autobuses para que la gente joven danielista fuera a Managua a manifestarse apoyando al Gobierno.

Ahora el turismo puede ser una alternativa, como lo es en Costa Rica, con lo que se están planteando proyectos de turismo comunitario, con ECODES (Fundación

¹ El virus se transmite de manera similar a la fiebre del dengue, por los mosquitos, y causa una enfermedad con una fase febril aguda que dura de 2 a 5 días, seguida de un período de dolores en las articulaciones de las extremidades; este dolor puede persistir semanas, meses o incluso años en un porcentaje que puede rondar el 12 % de los casos.

Ecología y Desarrollo) de Zaragoza, basados en el turismo sostenible, con guías de la propia comunidad, como por ejemplo en El Cerro Negro.

P.— En la República Dominicana no hay clase media, hay ricos muy ricos, con unas casonas impresionantes y Ferraris; y pobres muy pobres, con casas de desecho y guaguas y tatarros de coches...

Sin embargo, fuera de la capital cada vez hay más autosuficiencia, la gente de allí es la que lleva las organizaciones, por ejemplo "La Misión Joven" con Nelson a la cabeza. Se reciben ayudas, pero se autoorganizan para evitar la dependencia. La forma de construcción de las casas puede ser una muestra. El futuro lo imaginan como progreso y dinero.

A.— Hay muchas mujeres nicaragüenses trabajando en España en labores del hogar y cuidando niños o ancianos; los envíos de dinero, las remesas, son la base de muchas familias. Mientras que los hombres van a Costa Rica a trabajar, aunque allí los consideran de inferior categoría y los tratan fatal. Ahora hay intereses en torno al canal que quieren hacer pasando del Atlántico al Pacífico por el lago, cargándose kilómetros y kilómetros de tierra, pero para ellos es trabajo y dinero ahora mismo y para las grandes empresas un negocio.

P.— En Santo Domingo hay muchas fronteras que dificultan el movimiento y requieren de visados, unidos generalmente a corrupción. No se puede salir de la isla si no es en avión o en barco y no hay acceso al viaje. Las ciudades están llenas de vigilantes privados. Hay interés por estudiar para mejorar su situación social; con los que yo estaba ese sueño era común, ir a la Universidad para lograr hacer una carrera y tener trabajo para ganar dinero, incluso a base de trabajar por la tarde, aunque también era una forma de intentar una liberación para no ir a trabajar.

A.— Si en las familias se empuja y anima, los chavales llegan a la Universidad, es el caso de mi hermano nicaragüense ya que León tiene una de las mejores universidades de Centroamérica. Los niños quieren ser médicos, veterinarios y, sobre todo, peloteros (jugadores de béisbol, el deporte nacional), el sueño y objetivo común de los niños; otra característica común de los dos países, el béisbol, aunque ahora empieza el fútbol. Jugar en un equipo de béisbol americano es el sueño de casi todos los niños.

P.— En Santo Domingo la selva la ensucian, pero no la talan... Se comparan con Haití considerando que los haitianos son de rango inferior, se considera a Haití un país fallido y el insulto en Santo Domingo es llamarte "haitiano". Se insultan también llamándose negros, hacen una diferencia entre morenos y negros...

A.— En Nicaragua también negro es el insulto.

¿Y la religión?

P.— En Santo Domingo fuimos a misa; es distinto, aplauden, la viven con alegría, felicidad, la gente de pie, llena la iglesia... La religión lo guía todo, son muy creyentes. La religión ha condicionado incluso las leyes.



Niño ayudando en la construcción de una casa en Las Claras, República Dominicana.

A.— En Nicaragua hay más evangelistas, cantan pero no pueden bailar por religión. De hecho me bailaron el Palo de Mayo las niñas católicas y el 15 de agosto, día de la Gritería Chiquita, las evangélicas no vinieron a clase. También hay una influencia entre las leyes y la religión y además Rosario, la mujer de Daniel Ortega, es muy religiosa y manipuladora.

¿Recomendáis este tipo de experiencias?

P.— Totalmente, porque la sociedad de ahora no te enseña las cosas como son, siempre quieres más y más y no sabes que hay gente que vive con menos, menos, menos. . . Es algo que sirve para valorar lo que tienes y para pensar sobre ello.

A.— Sí, sirve para darte cuenta de que no hace falta tener de todo para ser feliz, para vivir. Yo no hice casas, pero solo estar con ellos y preocuparte por ellos es importante para ellos y para ti misma.

P.— Se genera un vínculo, yo quiero volver. En mi caso me ha servido para conocer la realidad de la que me han salvado mis padres. No sé qué hubiera sido de mí si me hubiera quedado allí; es muy, muy difícil vivir allí. Te haces una idea, pero vivirlo es distinto. Me gustó mucho, estuve a gusto en el trabajo. . . , pero para un mes.

Ambos mantienen el contacto con la gente de allí por correo electrónico y wasaps.

¡Parece mentira que en un mes se puedan establecer esas relaciones familiares; yo, en mi caso, solo con hermanos! (Pablo)

¡Yo tengo una familia allí! (Ana).

Sensaciones al regresar

Ana Alquézar Villarroya

Viajar te cambia, te hace ver las cosas de otra manera y te hace cuestionar casi todas las cosas que ocurren a tu alrededor. Nicaragua, y todas las peripecias por Costa Rica y Panamá, fue todo eso y más, pero en especial Nicaragua.

Llegar a España y ver que todo es razonado, preciso, puntual, apático, fue un choque. Siempre viví con ello, pero cambiar todo eso por la tranquilidad, la empatía, la curiosidad, la hora nicaragüense (dos horas más tarde) es un gran cambio. No sé qué fue más cambio, si llegar allá o volver aquí. Allí, me hice a la idea de lo que me iba a encontrar por lo que me habían contado y por lo que me esperaba encontrar, pero el regreso aquí fue más brutal que tener que bañarme con una pana (cuenco) y un caldero al lado de un chanchito (cerdo). Me contaron que cuando vuelves ya no es lo mismo, pero nunca creí que fuera para tanto.

Acá, la gente ya no te miraba por la calle, allá sucedía constantemente, pues allí somos chelas (blancas). Eso llamaba la atención y además gustaba que la gente te mirara, sonriera, te hablara y que los niños te agarraran. . . , y no era algo extraño. A mi regreso, la primera vez que me monté en un autobús urbano de Zaragoza me sentí extraña, nadie miraba a nadie. Yo les miraba pero estaban todos con sus móviles y el que no lo hacía te apartaba la mirada. Opté por mirar por la ventana y recordar las calles de León y sus buses llenos hasta los topes. Esto te sucede durante un tiempo, hasta que la vida de aquí te vuelve a arrastrar a sus ritmos. Ahora ya no miro a nadie en el autobús, voy con prisa a todos lados y no pienso el porqué de las cosas. De vez en cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo, me paro un minuto y pienso lo que haría allá. Esa sensación me dura unos días hasta que cualquier cosa que sucede a mi alrededor me hace acelerarme de nuevo.

No reniego del modo de vida de aquí, pero me falta mucho del de allá. Seguramente, como se dice siempre, si nos paráramos a pensar y a disfrutar seríamos un poco más felices.



Alumnos de primer grado de primaria con el profesor Francisco y Ana Alquézar en la escuela El Porvenir, León, Nicaragua.



Pablo y Roberto Lorenz (al fondo) con sus compañeros dominicanos tras la jornada de trabajo.

Mi transición del viaje se me hizo complicada. Regresar de allá, un lugar donde estaba tranquila, disfrutando, aprendiendo y viviendo, a llegar aquí, donde tienes que tener todo absolutamente claro y pensado y que no te da tiempo a vivir y a disfrutar, es algo que cuesta volver a reenganchar, aunque al final el río sigue su curso y la adaptación se acaba produciendo. Te adaptas, pero te llevas una parte de allí.

Algo te llevas de todos los lugares donde vas, siempre y cuando estés abierta a agarrarlo. Aprendes de paisajes, de historia, de arte, de naturaleza, de política etc., pero de lo que más se aprende es de las personas que conoces. Aquellas que se sientan a tu lado para contarte cómo es su vida, cómo se encuentran, cómo creen, cómo cuidan y cómo quieren son aquellas de las que realmente aprendes y de las que te llevas un trocito de cada conversación que mantuviste.

Una vez llegada a España, las preguntas sobre tu viaje son constantes, mis respuestas no muy detallistas. Nunca hubiera pensado que me fuera a costar tanto contestar. Sigo sin poder hacerlo, sigo sin poder contar muchas cosas y sigo sin poder responder muchas preguntas de la manera que me gustaría. Creo que simplemente es difícil narrar una experiencia así y es difícil entenderla. Cuentas anécdotas, alguna historia, personas, lugares, etc., pero no lo que realmente te sucedió allí porque me parece casi imposible explicar lo que se siente cuando estás allá. La mejor manera de saberlo es viviendo la experiencia.

Cuando estás tan bien en un lugar es difícil irse. Cuando conoces a gente maravillosa es difícil despedirse. Eso yo ya lo sabía, pues me había ocurrido más veces, pero nada es comparable a cuando te vas de un lugar y te despedes de unas personas que es difícil que vuelvas a ver. La sensación de impotencia comenzó a sentirse en el último microbús que agarramos León-Managua, recorrido que habíamos hecho tantas veces durante nuestra estancia, nos íbamos, todo se acababa y la distancia ponía miles de kilómetros entre Nicaragua y yo.